

La exposición *El Libro Antiguo Oriental* (22 de abril-8 de mayo de 2008)

José Luis GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO

Facultad de Ciencias de la Documentación
jlgonzalo@ccdoc.ucm.es

The exhibition *The Ancient Oriental Book*



El 22 de abril de este año, coincidiendo con el Día del Libro, se inauguró en nuestra Facultad una exposición sobre la cultura escrita en Extremo Oriente, la primera que el Grupo de investigación *Bibliopegia* ha organizado con el objetivo de acercar la historia del libro y del arte de la encuadernación a la comunidad universitaria. Como “comisarios” de la misma actuaron Antonio Carpallo Bautista, José Luis Gonzalo Sánchez-Molero y Ana Belén Sánchez Prieto, quienes dieron forma final a un proyecto que nunca habría llegado a buen termino sin la ayuda económica concedida por el Decanato de nuestra Facultad y el eficaz “abrigo” proporcionado por el *Seminario Internacional sobre el libro en el Medioevo y el Renacimiento*, así como sin la ayuda prestada por Julia Irigoyen para la

obtención de las diez vitrinas que albergaron las piezas y sin la colaboración del personal de administración y servicios. Como es lógico, tampoco habría sido posible sin el generoso préstamo de los libros y materiales expuestos que han realizado varios coleccionistas privados, como Antonio García Martínez y quien estas líneas firma.

El propósito de esta muestra bibliográfica era no sólo el de ofrecer una introducción a la historia de la cultura escrita en Extremo Oriente, sino el de mostrar también algunas de sus características más peculiares. Los remotos orígenes de la escritura en el caso de China, y su extraordinaria pervivencia cultural durante milenios, suponen un episodio único en la historia de la Humanidad. Era necesario acercar a

un alumnado universitario, que se forma en disciplinas como la biblioteconomía y la documentación, a los “misterios” del libro antiguo oriental. Mas no únicamente como un producto exótico, sino para suscitar un fructífero debate entre nuestra concepción del libro, ligada a la figura de Johannes Gutenberg, y otra concepción, la oriental, en la que el libro impreso aparece vinculado a otros nombres muy anteriores al del tipógrafo alemán, como el del herrero Jen-Tsung o el del ingeniero Wang Tcheng. ¿Galaxia Gutenberg?, sin duda, pero hubo (y hay) otras en nuestro planeta. En este contexto, la coincidencia de la exposición *El Libro Antiguo Oriental* con el *Seminario Internacional sobre el libro y las bibliotecas en el Medioevo y el Renacimiento* (en cuyas actividades se integró), permitió plasmar la necesidad de una comparación crítica entre ambos modelos culturales.

Libro japonés sobre leyendas budistas (c. 1680)



En la exposición, clausurada el pasado 8 de mayo, se exhibieron setenta y cinco piezas de procedencia oriental, japonesa, china, nepalí, tailandesa, mongola e india. Con ellas se logró reunir un sólido conjunto de libros xilográficos, grabados, tipos móviles de madera y de metal, tablas de maderas para imprimir, hojas sueltas,

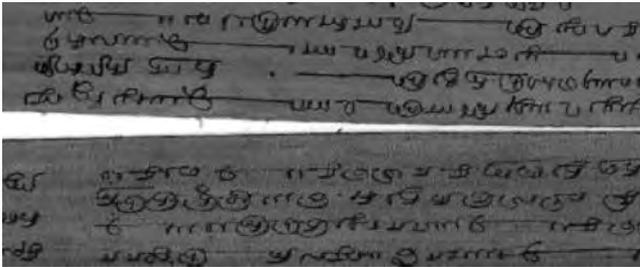
pinceles y otros materiales que, desde una perspectiva bibliográfica material e histórica, se expusieron en tres secciones: “La cultura escrita en Oriente. Orígenes, estilos caligráficos y materiales”, “El Libro Antiguo Oriental: las técnicas, los formatos y la imagen”, y “Del autor al lector: creación literaria, comercio y lectura”. Para dar contenido a esta ordenación de la muestra se hizo un gran esfuerzo por reunir piezas que aunaran a su función pedagógica un gran valor bibliográfico. Como es lógico, no se pudo traer la *Sutra del Diamante*, el primer libro xilográfico con fecha impresa (868), o alguno de los libros chinos regalados al rey Felipe II en 1576, hoy “joyas” conservadas en la British Library y en la Real Biblioteca de El Escorial, pero sí se mostraron obras impresas a fines del siglo XVII (la pieza más antigua de la muestra fue un libro japonés sobre leyendas budistas, *circa* 1680), así como dos volúmenes del extraordinario *Miyako Meisho-zue* (o *Descripción ilustrada de Kyoto*), publicado en Japón en 1787. Para valorar mejor este aspecto de la exposición queremos destacar también la presencia de otros libros nipones impresos en 1705 (el *Ehon Tuzoku Sengoku Saku*), en 1720 (una obra sobre samurais por

Munenobu), en 1773 (el *Syoshinge Syo –Jyo.Ge –Set*), e incluso se mostró un pliego de un Calendario médico chino de la dinastía Qing (1710).

Reunidas estas piezas, el objetivo de la exposición fue más allá de ofrecer una serie de libros antiguos a la par que exóticos, la idea era hacer comprensibles estos materiales. Veinte paneles explicativos e ilustrados a color ayudaron en esta tarea, ofreciendo un soporte escrito y visual para el visitante, de modo que los libros y materiales expuestos no fueran tan singulares como pudiera parecer. No debemos olvidar, por ejemplo, que gracias a la reciente adquisición de la biblioteca de don Francisco Guerra, nuestra Biblioteca Histórica Complutense posee una de las mejores colecciones de “*Orientalia*” bibliográficas existentes en España. En ella podemos encontrar decenas de volúmenes que atestiguan el gran interés europeo por Oriente entre los siglos XV y XIX. No en vano, la temprana expansión hacia Extremo Oriente de España y de Portugal (Goa, Macao, Filipinas, Kagoshima) explica por qué fray Juan González de Mendoza o el padre Jerónimo Román fueron “pioneros” en estudiar estos libros. Incluso en el siglo XVII los jesuitas lograron autorización para instalarse en Peking. Esto favoreció notablemente el intercambio cultural, y algunos miembros de la Compañía, como Mateo Ricci y Atanasius Kircher, ejercieron una extraordinaria influencia para la difusión de la cultura china en el Barroco europeo, así como de la europea en la corte china. De manera paralela, a fines del siglo XVI y principios del siglo XVII llegaron a España y a Roma varias embajadas niponas. A principios del siglo XX nuestro conocimiento de la antigua cultura escrita en China se vio revolucionado por los descubrimientos arqueológicos realizados en las Cuevas de Mogao y en las ruinas de la ciudad de Dunhuang por Wang Yuanlu, Paul Pelliot y Aurel Stein.

El Libro Antiguo Oriental tiene su fundamento en el temprano desarrollo de la escritura en China, que condujo a una elaborada civilización, escrita de acuerdo con su complicada estructura ideográfica y el gran valor de la caligrafía. Sin duda, una de las principales diferencias culturales entre “Occidente” y “Oriente”, o al menos la más visible y tópica, radica en los sistemas de escritura: alfabético literal en uno, ideográfico en el otro. Para la mayor parte de los antiguos eruditos e historiadores orientales fue un ministro imperial, llamado Cangjie, quien inventó la escritura. Según la leyenda, éste se limitó a imitar las inusuales marcas que aparecieron en el rostro de un ser mágico. Otras versiones, en cambio, no atribuyen un origen divino a la transmisión del secreto de la escritura, sino que afirman que Cangjie se basó para diseñar sus trazos en las huellas de las aves y bestias. Naturalmente, estamos ante un mito, pero como toda leyenda, existe una base real. En China, al igual que en Egipto, Mesopotamia o la India, los primeros signos escritos fueron pictogramas. Un milenio después estos signos evolucionaron hacia los ideogramas. De nuevo la historiografía mítica china personaliza este tránsito cultural y lingüístico en el sabio emperador Fu-shi, creador de los primeros ideogramas (los 8 trigramas o *zhishi*). Más adelante un funcionario imperial, Tsang Chiech, sistematizaría la escritura china (hacia el 3000 a. C.), favoreciendo su uso para la administración.

Una escritura que pronto precisó de unos elaborados materiales escriptorios. Estos fueron denominados en China como los “Cuatro Tesoros de la Cámara del Letrado”, es decir: el pincel, la tinta, el tintero y el soporte escriptorio. Los pinceles eran elaborados (y todavía lo son) con un vástago de bambú muy ligero, que permitía el movimiento espontáneo de la mano. La tinta era de carbón vegetal, bien sea en barra o bien fundida en molde. Originalmente fue diseñada para el enegrecimiento de las superficies en relieve de jeroglíficos tallados en piedra, y era una mezcla de hollín o negro de humo y aceite de lámpara mezclado con la gelatina de piel de burro y almizcle. Fue inventada por el filósofo chino Tien-Lcheu (2697 a. C.), pero no se hizo común hasta el año 1200 a. C. El tintero es el lugar donde la tinta se deslió con agua, en la concentración deseada. Llamado *suzuri* en japonés, es una piedra rodada y lavada durante años y ha de ser hecho con piedra porosa para que atrape la mezcla de tinta y agua. Todos estos materiales, junto con un vaso para el agua y un cazo de latón con que se deslió la tinta, una pieza de cerámica para depositar los pinceles húmedos, un sello de piedra para sellar y lacre, se guardaban en cajas especiales, denominadas *suzuribako* en Japón, del que se expuso uno.



En China los primeros soportes fueron epigráficos, es decir, materiales duros como la piedra, el bronce o el hueso, la consolidación del poder imperial a través de una administración centralizada obligó a utilizar

materiales más baratos y fáciles de emplear: el bambú fue el preferido. Algunos de los famosos guerreros de terracota de Xian son escribas, que portan al cinto unas cuchillas para escribir sobre este soporte vegetal. También se empleó la hoja de palma. Estos materiales siguieron utilizándose para escribir en la India, Birmania y Tailandia hasta principios del siglo XX, y en la vitrina 2 se mostraron piezas tan interesantes como cuatro hojas de palma manuscritas (ver ilustración 3), con un texto probablemente del *Veda* (siglo XVIII), y un libro tailandés escrito sobre hojas de bambú (siglo XX). En Extremo Oriente también se empleó la seda y la hoja de plátano, en especial para composiciones caligráficas artísticas, pero fue la invención del papel lo que revolucionó la escritura en esta parte de Asia. A pesar de la creencia habitual, el papel no se ideó para escribir, sino para envolver seda o arroz, sirviendo también como papel higiénico. Según la tradición, fue un funcionario imperial chino, llamado T'sain-Lun, quien adaptó el papel para ser utilizado como soporte hacia el año 105 a. C. Su propósito era que sustituyera a la seda y al bambú. Fue un éxito. Era un material barato y muy versátil, cuyo uso pronto se extendió a los países vecinos.



Se pueden distinguir varios tipos de papel oriental: el buthanés y nepalés, muy grueso y hecho con fibra de *De-nar* o de *Edgeworthia*, es perfecto para imprimir un documento por ambas caras, algo no muy usual en Oriente. El papel chino, mal llamado papel de arroz (denominado *Xuan* por fabricarse en esta ciudad), se obtiene de la médula de una especie de morera, la *Aralya Papyrifera*, o *Aralia gigante*, y puede ser tan delgado y traslúcido como para ver a través de él como si se hiciera a contraluz. Por último, el japonés, o *washi*, destaca por su gran calidad, siendo capaz de soportar el desgaste de los siglos. Para ilustrar esta variedad se expusieron ejemplos de cada uno de los papeles citados, destacando la hoja de un antiguo libro religioso chino, titulado *Maeng Ja Kwan G: Cho*, del filósofo chino Minz-an, impresa en papel Xuana principios del siglo XIX, y dos pliegos xilográficos japoneses, impresos en papel *whasi*, con escenas grabadas por Morikuni Tachibana hacia 1790 (ilustración 4).

Si el papel supuso un importante factor para el extraordinario desarrollo material de la cultura escrita en Extremo Oriente, otros elementos, como el acelerado proceso de urbanización y de centralización administrativa del Imperio Celeste, facilitaron la existencia de una sociedad muy alfabetizada. En este contexto, la expansión del budismo y de la filosofía de Confucio y, como consecuencia, la necesidad de transmitir sus enseñanzas, condujo a la búsqueda de métodos para lograr su mayor difusión. Surgieron así varios técnicas de impresión artesanal, entre los que acabó imponiéndose el libro xilográfico. No hay constancia documental o arqueológica sobre cómo se inició la técnica xilográfica, pero parece que se trató de una mera adaptación del procedimiento textil de estampación, en el que se utilizaban planchas de madera labradas con motivos decorativos, geométricos, vegetales o zoomórficos. En algún momento del siglo II de nuestra era, monjes budistas llegaron a la conclusión de que también podían imprimirse libros, sustituyendo los dibujos por los textos de Buda. La existencia de libros xilográficos en China se atestigua, al menos literariamente, desde el año 692, pues de ellos habla el peregrino Yijing en su relato *Nanchai ch'ikuei neifach'uan*. También sabemos que entre el 712 y el 756 los emperadores chinos de la dinastía Tang ordenaron realizar copias xilográficas de las obras de Confucio. El primer libro xilográfico datado no es otro, hasta el momento, que la *Sutra del diamante –Prajna paramita Sutra–* (868), un rollo descubierto en Dunhuang a principios del siglo XX, hoy en la British Library. No obstante, en antigüedad parece superarle el *Dharani Sutra*, otro rollo xilográfico, sin fecha expresa, pero que se supone impreso hacia el año 751. Apareció en la base de la llamada estupa Seogka, en el templo coreano de Bulkuksa (1966). Los textos de las tablas

xilográficas fueron entallados de diversas maneras. Uno de los modelos más primitivos es el nepalí, que perduró hasta mediados del siglo XX. Se trata de tablas alargadas utilizadas para reproducir los mantras budistas tibetanos. Tiene como característica el que presentan el texto labrado por ambos lados de la tabla, pues los libros podían imprimirse por sus dos planas, debido al grosor del papel buthanés o nepalí. En China, Corea y Japón, en cambio, la finura del papel *xuan* y *washi* no permitía este tipo de impresión por ambas planas.

Más adelante se imprimió con tipos móviles. Al principio los tipos eran de arcilla. Según el historiador chino Ch'en Kua (c. 1030-1094), en su *Libro de cosas vistas u oídas (Mengshi Pitán)*, estos tipos cerámicos fueron inventados por el herrero Jen-Tsung (1022-1063), entre 1041 y 1049. Como eran demasiado quebradizos, hacia el año 1300 un técnico agrónomo chino, llamado Wang Tcheng reemplazó la arcilla por madera de azufaifo, mucho más dura, con la que compuso e imprimió un *Tratado de agricultura*. Se cuenta que se inspiró en los tacos de madera y de hueso con que sus hijos jugaban a estampar dibujos de animales. Pocas décadas después la madera se sustituyó por estaño (metalotipia). La técnica ya era conocida en Corea desde el siglo XIII. Durante el reinado del monarca coreano Choe I (+ 1249) se publicaron libros impresos con caracteres móviles metálicos como un *Himno del monje Cheon a Buda (Nanmyeongcheon hwasang song jeungdoga)* y un *Código de la etiqueta palatina*. No se han conservado ejemplares de estas ediciones. Existen otros testimonios de libros impresos antes, pero lo cierto es que el único conservado es el *Jikji simche yojeol (Identificación del espíritu de Buda para la práctica del Zen)*, –impreso en 1377, y hoy en la BN de Francia. Esta obra es casi ochenta años anterior a la Biblia de Gutenberg, el primer libro impreso en Europa utilizando tipos móviles metálicos. En la vitrina 4 se mostró una amplia selección de estos materiales orientales de impresión (ilustración 5), así como también una de las joyas de la muestra: el *Wakan Sansai Zue (o Libro de los oficios)*, donde se representa a un grabador de tablas en su taller (1713).



Estas técnicas de copia manuscrita o de impresión dieron lugar a una gran cantidad de formatos, determinados en gran parte por el soporte o por la técnica empleada en su elaboración. Hay preferencias geográficas y períodos cronológicos propios para cada formato, pero en la práctica todos han sido utilizados al mismo tiempo y durante milenios (hasta la actualidad). Si dejamos a un lado los libros escritos sobre bambú y hojas de palma, que se cosían para formar volúmenes, y que serían ejemplos de formatos primitivos, el formato más antiguo sería el rollo. Tanto la *Dharani Sutra* como la *Sutra del Diamante* (755 / 868 d. C.) se imprimieron de este modo. También podemos encontrar el *pothi* (en chino *fanjia zhuang*) que fue el único método de encuadernación chino adoptado de un formato extranjero —el indio *pothi*—. Este consistía en hojas de palma secas y cortadas en forma rectangular, apiladas o cosidas una encima de otra. Una variante sería el libro en abanico. Durante la dinastía Song (960-1279) el rollo sería desplazado en China por el formato mariposa (*Butterfly binding*, o *hudie zhuang*). Otro formato fue el del libro torbellino (*whirlwind binding* o *xuanfeng zhuang*), si bien era muy raro (sólo hay ejemplos entre los siglos VII y X d. C.). Al abrirlo las hojas daban la impresión de moverse como un torbellino. Entre los siglos XIII y XIV la técnica de impresión xilográfica obligó a modificar los formatos existentes. En los libros acordeón y mariposa el texto sólo podía copiarse o imprimirse por un lado, quedando el verso de los pliegos en blanco. Para solucionar este problema se doblaron los pliegos en la dirección contraria (es el formato llamado *baobei zhuang*) de manera que el lado blanco quedara en el interior. Esto da a los libros chinos y japoneses la apariencia de estar intonso. Más adelante, con la dinastía Ming (1368-1644), los pliegos así doblados se cosían con un fino hilo de rosca. Nació así el formato *xian zhuang*, que se ha mantenido hasta mediados del siglo XX.

Entre los siglos XV y XIX, la existencia de factores como el sistema de escritura, las técnicas caligráficas, los materiales escriptorios y la impresión xilográfica, junto con el alto índice de urbanización y el elevado desarrollo administrativo y cultural, determinaron las genuinas características del Libro Antiguo Oriental. Cabía, por tanto, preguntarse en esta exposición acerca de cómo era la creación literaria, la lectura o sobre cuáles eran los contenidos y los temas de los libros. En Extremo Oriente el proceso de creación literaria presenta una característica poco común en la Antigüedad: se inicia con un borrador autógrafo. En Grecia, Roma y en la Europa medieval, lo habitual era que los autores dictaran sus obras, pues el papiro y el pergamino no sólo eran caros, sino que, además, cálamos y plumas precisaban de un constante trabajo de recortes y afilados. En cambio, tanto en China como en Japón el papel era abundante y barato, y el pincel permitía una escritura continua. Los libros de contenido religioso y filosófico, así como una rica corriente de literatura popular budista ocuparon gran parte de esta producción impresa hasta bien entrado el siglo XIX. Las obras de contenido histórico, médico y técnico, como los manuales de acupuntura o de Feng Shui, también tuvieron un espacio importante entre los siglos XVI y XVIII. En este mismo período se produjo una extraordinaria literatura de viajes, con vistosas guías y descripciones ilustradas de ciudades, como eviden-

cia el citado *Miyako Meisho-zue* (o *Descripción ilustrada de Kyoto*), de Ritoh Akizsato, publicado en Japón en 1787 (ilustración 6).



Junto con los libros, se comercializaban también una gran cantidad de productos menores impresos, como barajas de cartas, estampas, calendarios, periódicos, papel moneda, etc. En Japón se desarrolló asimismo un floreciente mercado de estampas artísticas. Se denominan como *ikuyo-e*, y se trataba de bellas xilografías en color, muy apreciadas para la decoración de las casas, colgándose en las paredes al igual que los cuadros de pintura en Europa. Esta técnica se desarrolló en la era Edo (1603-1867), con las primeras obras de Moronobu Ishikawa. En un principio, solamente se utilizaba tinta china, hasta que en el siglo XVIII Harunobu Suzuki desarrolló la técnica de grabar distintos colores. Los motivos ilustrados en el ukiyo-e son básicamente hermosas mujeres, actores, luchadores de sumo, paisajes y situaciones comunes de la vida social. Esta técnica de xilografías en color acabó trasladándose a la impresión de libros, en especial desde fines del siglo XVIII, dando lugar en Japón a dos tipos de libros, el *shunga* y el *iribon*. El *shunga* denomina un estilo de libros más pornográficos que eróticos. Las narraciones, de claro contenido sexual, eran ilustradas de manera muy realista. El *iribon* engloba una serie de novelas cortas, destina-

das al consumo popular, y que pueden compararse con los folletines europeos del siglo XIX. Se vendían por las calles, y quizás este tipo de venta determinó a los impresores a modificar las encuadernaciones. Frente al modelo tradicional, los *iribon* se vendían con tapas ilustradas e intensamente coloreadas. Al mismo tiempo, en su interior el texto casi llegaba a estar dominado por la imagen, lo que ha convertido a estos libros en una precedente del cómic. Al igual que en Europa, la producción de los talleres de impresión orientales se completaba con “menudencias” xilográficas, como calendarios, barajas de cartas, estampas religiosas, amuletos y cartas astrales, que se vendían a un público muy variado. Como es de suponer, el hecho de que algunas de estas piezas hayan llegado hasta nosotros es raro. Constituyen unas expresiones menores de la cultura escrita en Extremo Oriente, mas no por ello dejan de ser muy interesantes, pues nos “hablan” de muchos aspectos de la vida cotidiana en su época. En las dos últimas vitrinas se ofreció una muestra de estos contenidos.



Para concluir esta breve nota, y tras el éxito de la anterior exposición sobre la *Escuela Superior de Diplomática* (2007), sólo nos queda expresar nuestro deseo de que estas iniciativas perduren, pues, recordando unos versos del *Daode jing*, o *Libro del Tao*, poema XXVI:

“Ten por grande lo pequeño y por mucho lo poco,
 responde con la virtud a los que mal te quieren.
 Intenta lo difícil en lo fácil,

realiza lo grande en lo menudo.
Las cosas difíciles del mundo comienzan por lo fácil,
y las cosas grandes del mundo por lo menudo empiezan.
Por eso el sabio nunca realiza cosas grandes,
y así es como puede llevar a cabo grandes cosas.
Quien promete a la ligera por fuerza gozará de escaso crédito,
quien juzga todo fácil por fuerza hallará todo difícil,
y así nunca tropieza con dificultades”.